

MARCHA A LA CAPITAL DEL REINO

AQUEL HOMBRE DE PIEL MORENA y pelo negro ensortijado había guardado cuidadosamente su turbante en el zurrón para que el sudor y el polvo del camino no lo manchasen. Asimismo, llevaba las sandalias de cuero liadas en un paño y sujetas al calzón con la correa para no gastarlas durante la larga marcha que le esperaba.

Inició su viaje siguiendo la orilla del río Almanzora, en cuyas aguas cristalinas saltaba de tanto en tanto alguna boga. Cuando giró la cabeza vio por última vez con definición marcarse a sus espaldas las paredes blancas del castillo y de la humilde mezquita, al borde del corte del peñón sobre el que cientos de años antes se habían construido.

Aquellos edificios fueron transformándose en siluetas cada vez más lejanas, hasta difuminarse conforme él se adentraba en aquellas arboledas que habían dado nombre al pueblo de sus orígenes y por ende a él mismo.

Era consciente de que durante días no le faltaría fruta de las fértiles vegas, ni el agua fresca del río, por lo que en el zurrón solo llevaba una hogaza de pan y medio queso, junto a un viejo manuscrito que marcaría su vida y que había sido la base de sus conocimientos y vasta cultura.

A medida que se alejaba de su lugar de origen, al-Arbuli,

el de Arboleas, notaba que le pesaban más sus recuerdos y la añoranza de los veinte años pasados, que el contenido del viejo zurrón.

Su madre, una mujer menuda de ojos pequeños y vivarachos, pero de una vitalidad imposible de igualar, era una magnífica cocinera, capaz de sacar los más exquisitos sabores de los más humildes productos. Le había enseñado los secretos de los distintos alimentos, y las propiedades y sabores de las diferentes plantas con las que los condimentaba. Su afición por la lectura y ansias de saber habían hecho lo demás.

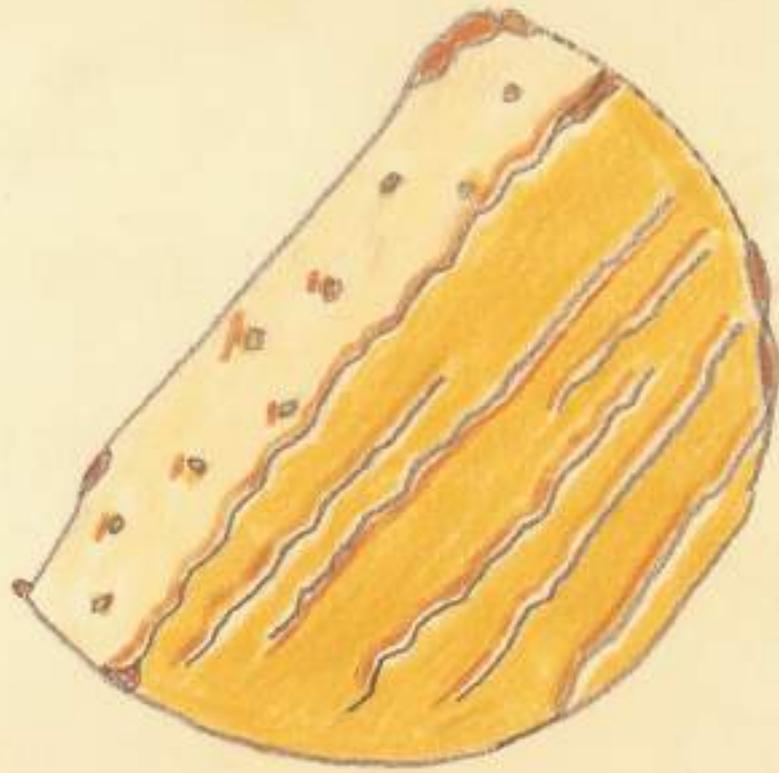
Recordaba ahora lo reacio que había sido de niño a subir al monte en busca del fuerte y duro tomillo, que aportaba doble fuerza y sabor que el que se criaba a la orilla del río donde el agua era abundante.

De igual forma había aprendido a recoger la menta y la albahaca que, naciendo casi del agua, le ofrecían hojas tiernas y jugosas muy superiores en calidad y sabor a las que crecían a distancia de la orilla.

Aquellos recuerdos y otros muchos constituían la base de sus conocimientos y el motivo de que él ahora se dirigiera a la capital del reino. Su juventud e ilusión, tan fuertes como sus conocimientos, le harían despreciar los riesgos y peligros del proyecto que emprendía.

Transcurrían las horas y las leguas¹, sin que se apercibiera

1. *Legua*: antigua unidad de longitud, correspondiente a la distancia que una persona, a pie o cabalgadura, puede andar en una hora. Procede de los romanos y equivale a entre 4 y 7 kilómetros a pie o a caballo.



siquiera de que estaba caminando descalzo o le molestaran lo más mínimo las piedras del camino.

En su mente solo cabían los dulces y gratos recuerdos de lo que dejaba atrás, junto a los sueños e ilusiones que desde hacía muchos meses había ido acunando.

Cruzaba pueblos y alquerías² donde la obligada caridad musulmana, junto a la hospitalidad de los lugareños que le ofrecían comida e incluso en ocasiones techo, hizo que el zurrón permaneciera intacto.

Así cruzó los pueblos de Cantoria, Fines, Purchena, Tíjola, hasta alcanzar Serón, lugar donde tenía familia y pensaba descansar unos días antes de dirigirse a su destino final.

El imponente castillo que protegía el pueblo y daba seguridad a la comarca justificaba el aumento de población que en las últimas décadas se había producido. Al pasar junto a un molino vio un campo sembrado de ciruelos negros cargados de frutos, y se acordó de su madre que transformaba aquel fruto en ciruelas pasas.

Recordaba que había que hacer la recogida en el último momento de su madurez, cuando la ciruela estaba más gorda y su contenido en azúcar más alto. Las recogían una a una, sin golpearlas. Primero lo había hecho su padre y cuando creció, también él. Subidos a una escalera cogían las más altas para depositarlas en cestos. Estos se llevaban a su casa donde en las cámaras, la parte más alta y aireada de la casa, las colo-

2. *Alquería*: casa o pequeña comunidad aislada, que se dedicaban y vivían de la agricultura, equivalente a casa de labor actual o finca agrícola.

caban extendiéndolas sobre un lecho de cañas secas. Allí, en la penumbra, las temperaturas cálidas de la primavera y verano junto con el aire seco que entraba y salía por las ventanas, hacían que en unos días la piel se endureciera al tiempo que el fruto se retraía.

Era el momento de separar aquellas que, hirviéndolas en agua y azúcar se transformarían en mermeladas, de aquellas que se dejarían deshidratar para que al secarse se transformarían en ciruelas pasas y sirvieran durante todo el año para cocinar.

Contemplaba las ciruelas cuando a su espalda oyó una voz. Al girarse no dudó; era el vivo retrato de su padre.

— ¡Tío Ahmed!

— Al-Arbuli... No has cambiado, tienes la misma cara que la última vez que te vi — hizo una pausa — . Y tenías...

— Tío, han pasado diez años.

— Pero ¡cómo has crecido y que fuerte estás! pareces un visir³.

Al-Arbuli abrazó a su tío, al tiempo que riendo le decía.

— Eso quisiera yo, ser el visir del sultán.

— ¿Como están tu padre, tus hermanos? Cuéntame ¿Qué te trae por aquí? ¿Hacia dónde te diriges?

Tío y sobrino entraron en el interior del molino. El ruido del agua, al pasar bajo sus pies para mover la gruesa piedra

3. *Visir*: equivalente a ministro o asesor legal.

con la que molían el trigo, hacía que Ahmed le hablase a voces. Aunque a su tío, ya habituado, aquel ruido no le molestaba, a al-Arbuli le pareció un infierno.

— Tío Ahmed, por qué no salimos fuera, este ruido no nos dejará hablar — le propuso a voz en grito.

Ahmed asintió con voz y cabeza, dirigiéndose a la puerta que acababan de cruzar. Ya fuera, el joven le dijo:

— El ruido que hace el agua me impedía oírte, no entendía nada de lo que decías.

— Yo estoy acostumbrado.

Ya me di cuenta, hablas a gritos. Pero no importa, aquí estaremos tranquilos.

— Si te parece, termino de moler el trigo que hay sobre la muela, paro el molino y nos vamos a mi casa para que veas a toda la familia. Tardo menos de media hora.

— ¡Perfecto! Pues allí te cuento.

Ahmed entró de nuevo en el interior y, comprobando el estado del grano molido y la calidad de la harina, se dirigió a la acequia⁴ y colocó un grueso tablón que desvió el agua hacia el río. En pocos segundos el ensordecedor ruido cesó y el silencio se apoderó del lugar, siendo solo perceptible el canto de los jilgueros que desde niño de sobra conocía.

4. *Acequia*: canal pequeño por donde se conduce el agua para regar y en este caso mediante la caída de un salto, mover las aspas que hacen girar las ruedas de piedra de moler el grano.

Cerró la puerta con llave y guardándosela en la faltriquera⁵ de la saya, le dijo a su sobrino.

—Venga, ya nos podemos ir y que tu tía nos prepare una succulenta comida.

Los dos partieron en dirección a las casas que, recogidas bajo el castillo, formaban una mancha blanca de intrincadas calles a las que un forastero solo podía entrar acompañado.

Entre preguntas y respuestas sobre la familia y la vida en Arboleas, lugar de nacimiento de al-Arbuli, la situación del campo y demás pormenores, caminaron la media legua que separaba el molino del pueblo, dejando la razón de la visita y los proyectos de su sobrino para cuando estuvieran más tranquilos ya en el frescor de la casa.

Algunos saludos de campesinos con los que se cruzaban reflejaban el afecto del que gozaba su tío en el lugar.

Cruzaron el arco de medio punto de la puerta de entrada de la pequeña ciudad y en apenas unos minutos, zigzagueando por empinadas calles, llegaron a la casa que donde vivían Ahmed y su familia.

El bullicio de niños por la inesperada visita contrastaba con la rapidez y recato con que se cubrieron las mujeres de la casa, protegiéndose del recién llegado.

Pronto la paz se apoderó del lugar y tío y sobrino, bajo la atenta mirada de los niños, se sentaron para hablar del viaje que al-Arbuli acababa de iniciar.

5. *Faltriquera*: pequeña bolsa plana de tela forrada, con una abertura, que hombres y mujeres llevaban bajo la falda o saya que servía para guardar objetos o dinero.

— Y dime, cuéntame, ¿a dónde te diriges?

— ¡A la corte del sultán! — respondió él con seguridad.

— ¿A Granada? — preguntó Ahmed sorprendido, y siguió preguntando no sin cierta perplejidad— ¿Pero tú conoces a alguien allí? ¿Qué vas hacer? ¿Cómo piensas entrar? El sultán vive en una ciudad rodeada de murallas y custodiada por miles de soldados. ¿Crees que allí puede entrar cualquiera? Además, si entraras, la inestabilidad política y las intrigas de la corte harán de ti un chivo expiatorio. Serás carne de cañón.

Ante aquella cascada de preguntas y asertos, el joven no se amilanó.

— Tío, no voy a entrar en su palacio. Me han contado que frente al castillo que tú dices, hay un barrio con gente como nosotros, que trabajan las huertas y jardines del sultán y sus visires. Es ahí adonde me dirijo.

— ¡Pero qué vas hacer allí! Y tu padre, ¿te ha dado su bendición? ¡Estáis locos, rematadamente locos! ¿Qué quieres hacer en un lugar así?

— No sé; pero en la corte del sultán, entre sus visires, hay gente que necesita criados y sirvientes. Quiero llegar a ser uno de ellos y una vez esté dentro, demostrar mis conocimientos culinarios y los efectos beneficiosos de los alimentos.

Mi madre siempre dice que «al hombre se le conquista por el estómago» y el sultán no deja de ser un hombre.

— Pero alma de cántaro, ¿te imaginas el número de cocineros, sirvientes y personas que atienden al sultán...? Desde luego, el que te ha metido esas ideas en la cabeza está loco, y

tu padre también por permitirlo. Este hermano mío, ¡todo el cerebro lo tiene en el bulto del cuello!

—El bulto del cuello ya se le quitó tomando sal que le traían del mar. Además, con todo mi respeto, no he venido aquí para que me des sermones y me desanimas. Mi padre me ha dicho que tu sabías mucho, bastante más que yo, sobre los efectos nocivos y beneficiosos de los alimentos y eso me puede ser muy útil antes de ir a Granada.

—Veo que eres un cazurro, que nadie te va hacer cambiar de opinión. Bueno, intentaré ayudarte, pero eso no se explica en un día, te llevará tiempo aprenderlo.

—No importa, no tengo prisa —hizo una pausa para concluir—: ¡Gracias tío por tu ayuda!

—Ya veo que has heredado la tozudez de tu padre; espero que hayas heredado también la viveza e inteligencia de tu madre.

—Mi padre no es tozudo, es un buen hombre.

—Si lo sabré yo como es mi hermano. Pero bueno, vamos a empezar con lo que has venido a hacer aquí. Que sepas que yo nunca reconoceré ante nadie que te lo he enseñado, y además no te aconsejo que vayas a la corte. Nuestro sultán Yusuf —se refería a Yusuf III— es un hombre desconfiado y distante, que ya bastante trabajo tiene con conseguir que no lo derroquen o envenenen.

—Tío, eso ya me los has dicho varias veces, no te preocupes, intentaré ser un buen alumno y aprender lo más rápido posible.

Ahmed hizo una larga pausa para poner en orden sus re-

cuerdos y conocimientos y discernir qué debía contar y enseñar a su sobrino, antes de iniciar el relato.

—Todo lo que te voy a contar lo debo a mi cargo de imán y a mi antecesor en la mezquita al que sustituí hace veinte años, después de pasar otros tantos aprendiendo de él.

Desde hace muchos años, quizás desde siempre, se han utilizado los alimentos, la comida y la forma de cocinarla, para halagar a nuestros invitados; para deshacernos de aquellos que molestan; para cambiar voluntades; o para seducir a hombres y ancianos ricos, mediante los efectos afrodisíacos de determinados manjares. Por tal motivo, aleja de estos conocimientos que te voy a dar a todas las mujeres que no sean de la familia, y desconfía siempre de las de la propia familia. ¡La mujer siempre ha sido la perdición del hombre! Intrigan, manipulan y no dudan en servirte el más fuerte de los venenos con la más dulce sonrisa y amabilidad. Por consiguiente no permitas nunca que estos conocimientos lleguen a una mujer.

—Lo tendré en cuenta, tío.

—Recuerda siempre que muchos de nuestros sultanes fueron asesinados por sus propios hijos, envenenado su comida para que murieran y así poder heredarlos en el puesto. O por sus esposas despechadas, e incluso por sus propios cocineros y físicos, comprados por el que quería ocupar el cargo del sultán. Recordar esto es imprescindible para sobrevivir en la corte.

—No lo olvidaré, respondió al-Arbuli.

—Pues bien, has de saber que hay muchos tipos de venenos que pueden administrarse durante la comida y que actúan de forma más o menos rápida. Estos pueden ser venenos mine-

rales, que se disuelven en la cocción o en la bebida; venenos vegetales, que están en las plantas y actúan según su forma de cocinarlas o comerlas. Hay también venenos animales, que están en aves y peces, y que se manifiestan, o no, según los condimentos con que los preparemos. Y, finalmente, está la falsificación o adulteración de los vinos, que no suele denunciarse para no evidenciar que se incumple uno de los preceptos del Profeta, pero que son más frecuentes de lo que la gente piensa.

Al-Arbuli asintió absorto, siguiendo las explicaciones que se le daba. La conversación se prolongó varias horas más hasta que, rendidos, se fueron a la cama.

Durante los siguientes días, acompañó a su tío a todas horas al molino, a la mezquita o en casa, donde fue adquiriendo conocimientos que ni él mismo llegaría a calcular cuán útiles le serían en su vida futura. Tras casi seis meses de valorar plantas y sus efectos, de conocer síntomas y antídotos, estuvo en condiciones de seguir la marcha hacia la capital del reino.

El día acordado partió junto a un grupo de mercaderes de Granada que regresaban a la capital tras vender sus productos en los diferentes pueblos y alquerías del río Almanzora.

Para ellos, el ir acompañados por el familiar de uno de los imanes más respetados de la zona oriental era una garantía de no ser atacados; a él, el no viajar solo le aportaba seguridad, además de acortar en varias jornadas un viaje que un individuo aislado nunca hubiera superado por su dificultad y peligros.

El camino, que cruzaba las montañas por pasos y puer-

tos bien conocidos de los mercaderes, mostraba un paisaje diferente: montañas pobladas de encinas alternaban con pequeños huertos en algunas alquerías aisladas por las que pasaban. Aquel paisaje era muy distinto a la fértil vega de donde él procedía. Mustafá, el más charlatán de todos los mercaderes y muleros, se dirigió a él.

—Joven, ¿qué te lleva a Granada? ¿Quieres profundizar en el estudio del Corán como tu tío?

—No, pretendo buscar trabajo lejos de mi familia, aunque algún día regresaré. Pero ahora quiero conocer otro tipo de vida así como el ambiente de la ciudad —no se atrevió a decir la corte.

—La agricultura es igual en la vega de la ciudad que en las alquerías o los pueblos.

—Cierto, pero yo no quiero dedicarme a la agricultura.

—¿Tienes algún oficio, ebanista, tejedor, tintorero...?

—No, nada de eso, buscaré algún señor para entrar a su servicio. Tengo conocimientos de bromatología.

—¿Broma... qué? —preguntó Mustafá sorprendido pues desconocía el significado de aquella palabra.

—Se trata de la ciencia de los efectos beneficiosos de las plantas y los alimentos.

—¡Aspirante a físico! Terció otro de los comerciantes sin darle mucha credibilidad.

—Pues lo tiene difícil —replicó Mustafá—. Y además pica alto. Esos puestos no están hechos para ti, por muy sobrino que seas del imán.

—No, no es exactamente eso. Pretendo entrar al servicio de algún señor a quien pueda mostrar mis cualidades.

—O sea, que quieres ser criado y de ahí mostrar tus conocimientos en... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Bromatología. Conocimientos de bromatología.

Mustafá, pensando en los favores y beneficios que obtendría de su tío e imán la próxima vez que regresara a Serón, le dijo:

—Creo que te podré ayudar. Conozco en el Albaicín algunos capitanes y funcionarios próximos al visir a los que quizás les interesen tus cualidades —y continuó—. Si trabajas solo por la comida no te rechazarán, incluso podrás conocer a gente importante.

A al-Arbuli le dio un vuelco el corazón y deteniéndose en la marcha, lo miró fijamente para preguntarle:

—¿Eso es posible?

—Si, pero no te detengas, de lo contrario no llegaremos nunca a Granada y antes tenemos que parar en Guadix para cobrar a un cliente.

El joven reanudó la marcha a un ritmo que reflejaba la ilusión y las fuerzas que le habían insuflado las palabras de Mustafá.

Transcurrieron varios días, subiendo y bajando por aquellas pedregosas veredas, hasta que llegaron a Guadix. Era una ciudad amurallada en cuya parte más alta se encontraba la alcazaba, donde vivía el visir con los soldados que protegían los varios centenares de casas que la constituían.

Guadix era un punto de encuentro entre las rutas que procedentes de Almería iban hacia Granada sin cruzar las Alpujarras y aquellas que procedían del Reino de Murcia por sus dos caminos, el de los Vélez y el del río Almanzora, por el que venían ellos.

Al cruzar la puerta de la ciudad recibieron la mala noticia de que Mohammed, al que venían a cobrar la deuda y que como comerciante tenía una gran reputación en toda la comarca, se encontraba enfermo desde hacía un mes.

Al llegar a la posada donde se alojaban recabaron más información.

—¿Posadero, qué sabes del señor Mohammed? —le preguntó Mustafá, más preocupado por su deuda que por la salud del comerciante.

—Está enfermo. Hace más de un mes que no sale de su casa; cada vez se encuentra más debilitado —y apostilló—: De nada le sirve tanto dinero ni la opulencia y lujo en que vive. Poco va a comer en su nueva vajilla, traída de no sé dónde.

Al-Arbuli que lo escuchaba, reaccionó de inmediato.

—¿Nueva vajilla?

—Sí, es de un metal traído de Persia y parecido a la plata; creo que se llama zinc o algo así. La trajeron unos mercaderes de Oriente y el Alcorán no prohíbe su utilización.

—¿Y dices que desde que se la compró a los mercaderes está enfermo? —volvió a preguntar Mustafá.

—Sí, desde hace más de mes y medio. Lo sé porque cuando la compró dio una gran fiesta en su casa a la que invitó

al visir que gobierna la ciudad y otra gente importante que vinieron de las *tahas*⁶ de las Alpujarras y alrededores. Desde entonces está enfermo.

—¿Solo está él enfermo o hay más invitados que lo estén?
—preguntó al-Arbuli al posadero antes de que se retirase para atender otros huéspedes.

—Solo él ¿por qué?

El joven no respondió pero cuando el posadero se hubo retirado, preguntó a Mustafá:

—¿Iréis a visitarlo?

—Claro, a eso hemos venido, me adeuda una importante suma.

—Si lo deseáis puedo acompañaros, le propuso en un tono de misterio.

Mustafá lo miró, y pensando que no tenía nada que perder con su compañía le respondió:

—Bien, podrás venir, pero te presentaré como mi criado.

De inmediato envió un mensaje a Mohammed para informarle de que estaba en la ciudad y quería visitarle. Algo que por supuesto el de Guadix ya sabía desde que habían franqueado las puertas de la ciudad. Enseguida recibió la respuesta de que al día siguiente, los recibiría en su casa, aunque se encontraba algo postrado.

Al quedar solo aquella noche, al-Arbuli consultó su ma-

6. *Tahas*: comarca o provincias. La Alpujarra de Granada por donde pasaron, estaba dividida en catorce *tahas*.

nuscrito ahora ampliado con las anotaciones de interés obtenidas durante su estancia con su tío en Serón. A la mañana siguiente, cuando el sol estaba en su cénit, llegaron a la casa de Mohammed; no hubo que llamar, un criado que franqueaba la puerta les dijo:

—Mi señor os espera. Se encuentra un poco delicado, pero os espera para compartir su comida.

—¡Querido Mustafá! —le dijo Mohammed al mercader nada más entrar este en la habitación. Sentaos, sentaos junto a mí.

Una serie de platos, a su izquierda y derecha, junto a los abundantes manjares que había frente a él, mostraban que esperaba a sus visitantes aun sin conocer cuántos serían.

—Sentaos, sentaos y hacedme el honor de compartir estos manjares servidos en mi nueva vajilla.

Los recién llegados miraron los platos: eran de un metal parecido a la plata aunque más blanco y menos brillante. Al-Arbuli tomó el plato en sus manos comprobando que era ligero, menos pesado que el cobre con el que se realizaban los cazos, perolas, pucheros y ollas de cocinar. Aún no se habían acomodado frente a aquellos alimentos cuando el anfitrión les indicó:

—De un tiempo a esta parte, se ha venido quebrando mi salud. ¡Quién hubiera podido imaginarlo!

Mustafá, le preguntó cortésmente:

—¿Pero qué os pasa? ¿Qué mal padecéis?

—Desde hace unos meses, coma lo que coma, me vienen unas diarreas y vómitos que van minando mi salud. He per-

dido peso y hay días que no puedo levantarme de los dolores y calambres que sufro.

—¿Y estos males que nos cuenta, se le aparecieron después de que comiera en estos platos? —preguntó al-Arbuli.

Mohammed lo miró sorprendido por la pregunta, al tiempo que Mustafá, molesto por la intromisión del joven e intentando arreglarlo, terció:

—Es un compañero de viaje, experto en broma... en alimentos.

—Este metal no es ostentación y no está prohibido en el Alcorán. Lo trajeron unos mercaderes de la India y lo utilizan todos los califas y visires de Siria, Egipto y Arabia, aclaró el de Guadix.

—Sí, sí, lo sé; lo preguntaba porque puede tener alguna relación con vuestro mal —indicó al-Arbuli dejando a todos perplejos al tiempo que se detenían en la comida.

—¿Por qué decís eso? —fueron las palabras del anfitrión.

—No sé —hizo una pausa—. Lo que referís y que os está lentamente debilitando parece una intoxicación alimentaria.

—Yo nunca he tenido intolerancia a ningún alimento, y toda mi vida he comido de todo sin sufrir una mala digestión por muy fuerte y dura que fuese la carne de caza, o cualquier otro alimento.

—No lo decía por eso. ¿Queréis probar unos consejos y si es lo que pienso os encontraréis mejor?

—Con probar no perderéis nada —terció Mustafá un poco incrédulo.

—Decidme pues que debo hacer.

—Bien, abandonaréis toda la cocción y alimentos que habéis tomado en los últimos meses.

—¿Y qué comeré entonces? —preguntó el enfermo.

—Dejadme que os explique. Todas las mañanas al levantarnos tomaréis tres huevos desleídos en agua de miel y durante el día solo comeréis harina de trigo desleída en agua hirviendo hasta conseguir una pasta de textura suave que cubriréis con un caldo según la receta que dejaré a vuestro cocinero. En tres días deberíais estar mejor —concluyó reflejando seguridad en sus palabras.

Mohammed llamando a su criado le ordenó:

—Haced caso en todo lo que os diga nuestro invitado y no perdáis el contacto con él.

—Escuchadme bien, le dijo al-Arbuli. Cada mañana daréis a vuestro señor al levantarse tres claras de huevo desleídas lentamente en agua de miel.

Y para comer, en un perol de barro pondréis a hervir agua; cuando esté en su máxima ebullición le pondréis un puñado de sal y tras la subida del agua, cuando esté hirviendo de nuevo, le iréis agregando poco a poco harina de trigo blanco, no dejando de moverla hasta conseguir una masa de textura suave que pegaréis a las paredes del perol con una cuchara de madera, tirando el agua con la que lo habéis cocido.

Esta masa la cubriréis con un caldo que cocinaréis de la siguiente manera. Pondréis un poco de pescado seco: boquerones, jureles, y si no disponéis de ellos, boga del río, que mandaréis pescar. Limpiáis el pescado y hacéis un sofrito en un puchero con un poco de perejil, ajos en lamina,

azafrán, unos granos de pimienta, limón, aceite de oliva, un tomate, un pimiento verde asado, sal y una cucharada de harina, de la misma con la que hicisteis la masa. Lo pondréis a hervir media hora al tiempo que lo iréis batiendo y mezclando todo.

Este caldo lo tamizaréis sobre el perol donde está la masa y se lo daréis de comer a vuestro señor en todas las comidas del día. La masa lo alimentará y el caldo lo hidratará, compensando las diarreas.

— Así lo haré — respondió el criado dando señal de haberlo entendido.

Cuando abandonaron la casa, al-Arbuli sintió en su interior una satisfacción inmensa pues creía haber abierto las puertas de su futuro. No hubo de esperar los tres días; a las cuarenta y ocho horas el mercader de Guadix lo hizo llamar para darle las gracias por su franca mejoría.

Nada más llegar acompañado de Mustafá, Mohammed le dijo feliz:

— ¿Cómo lo habéis hecho? Qué maravilla. ¿Cómo supisteis lo que tenía?

— Los síntomas que padecíais corresponden a la intoxicación por el zinc que es el metal con el que está hecha vuestra nueva vajilla.

— Si fuese así, ¿por qué solo me ha ocurrido a mí y no les pasó nada a las personas que asistieron a mi fiesta?

— Es una intoxicación que se produce cuando los utensilios de cocina, realizados con zinc o latón, que es una mezcla de zinc y cobre, se ponen en contacto con el agua. Los áci-

dos que contienen algunos vegetales, la manteca y grasas, los disuelven hasta el extremo de que las comidas preparadas y servidas en dichas vasijas producen diarrea, vómitos, debilidad, incluso la muerte si se mantiene en el tiempo la cocción de alimentos en las ollas de zinc⁷.

Al oír esto, Mohammed entró en cólera:

— ¡Me engañaron los mercaderes, pagué una importante suma y estaban envenenándome!

— Quizás no lo sabían — le interrumpió al-Arbuli.

— Hablaré con el visir y los haré apresar.

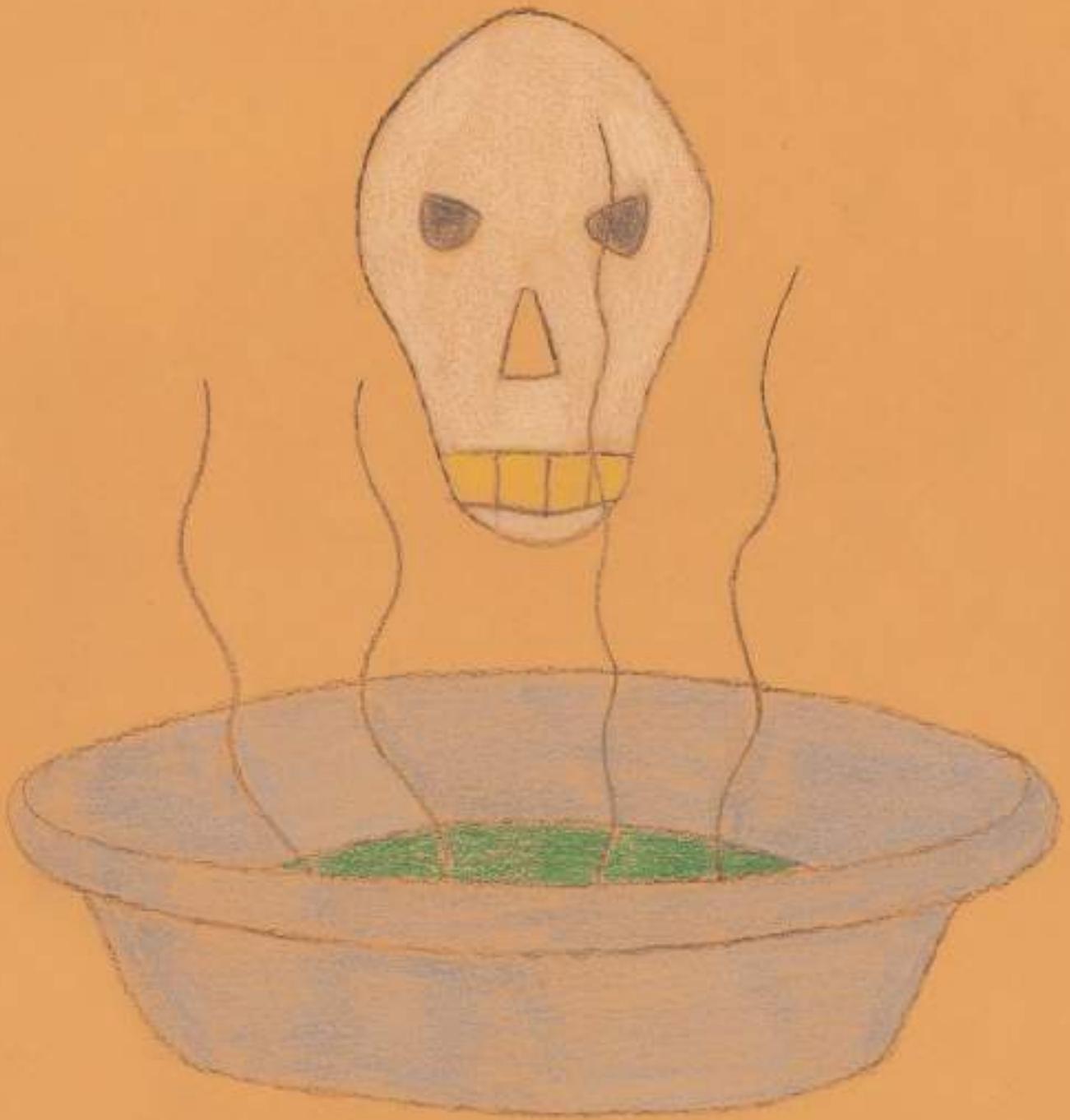
— Amigo Mohammed, hiciste un mal negocio, pero ya sabes que a veces los negocios son así — interpuso Mustafá, para continuar—. Ahora has hecho uno bueno, recuperar tu salud gracias a al-Arbuli.

Tras unos segundos de reflexión y pausa, el de Guadix se dirigió a su salvador.

— Quiero agradecerte el haberme salvado la vida. Te pido que aceptes estos presentes — dijo entregándole una bolsa de dinero y un pesado capazo de asa, con algo vivo dentro. Cuando al-Arbuli fue a abrirlo Mohammed le dijo:

— No, no mires lo que es hasta que estés en la posada.

7. El zinc, descubierto en la India entre el año 1400 y 1000 a. C., se utiliza como aleación con la plata para fabricar cuberterías de alpaca y tiene todos los efectos descritos. El tratamiento de la intoxicación (huevos desleídos) era el aceptado hasta el siglo XIX por médicos y físicos. La Alimentación corresponde a uno de los platos propios de la época de al-Arbuli y que ha perdurado hasta nuestros días: «las gachas con caldo de pescado».



—Hizo una pausa—. Y recuerda siempre que aquí está tu casa y tienes un hermano.

—Gracias, señor Mohammed —le respondió, mientras Mustafá esbozaba tal sonrisa de satisfacción que parecía ser él quien hubiera curado al mercader.

—Y ahora, amigo Mustafá, liquidemos nuestras cuentas.

Al oír esto al-Arbuli, con la bolsa en la mano se apartó unos metros para no escuchar la conversación.

—No, no te apartes, puedes estar presente, eres mi hermano y puedes escucharlo todo. Además, este pillo de Mustafá te lo contará luego todo bajo su versión. Mejor que conozcas la realidad —Mustafá rió, mientras él regresaba junto a los dos.

Finalizado el pago y arregladas las cuentas, tras repartir abrazos, besos y agradecimientos como hermanos de toda la vida, partieron para la posada.

Por el camino, Mustafá, como astuto mercader, le dijo:

—Ha sido tu fortuna conocerme. Aún no has llegado a Granada y empiezas a recoger los frutos de mi protección.

Al-Arbuli lo miró entre sorprendido y molesto por el comentario, antes de responderle:

—Ya os devolveré el favor. Incluso antes de lo que esperáis.

Al llegar a la posada abrió la cesta.

—¡Un pavo! ¡Un pavo! —exclamó—. Un enorme pavo gordo y lustroso —quedó en silencio, pensativo y de inmediato se dirigió al comerciante.

—Señor Mustafá, os dije que os devolvería el favor antes de lo que esperabais.

El mercader lo miró sin entender por qué decía aquello, mientras el pavo, todavía con las patas atadas, saltaba de la cesta intentando escapar. Antes de que Mustafá prosiguiera, al-Arbuli le dijo:

—Os daré de comer a todos como nunca habéis comido antes durante los tres días que faltan para llegar a Granada.

Mustafá esbozó una sonrisa de agrado, al tiempo que él continuaba:

—Dejadme unas horas para buscar los condimentos que necesito y prepararé los mejores pasteles de pavo que jamás hayáis probado.

—Hacedlo pues —respondió el mercader— mientras preparamos las cosas para partir mañana al amanecer. Al-Arbuli degolló el enorme pavo y lo colgó de una pata en un poste del patio⁸, lejos del alcance de los animales y salió a buscar lo que necesitaba para cocinar.

Tenía que hacer la masa que envolviera el relleno del pastel por lo que se pertrechó de harina, aceite, agua y un poco de sal.

Desplumó el pavo, poniéndolo a cocer en una olla grande para, tras varias horas de cocción, picarlo en diminutos trozos. Coció una docena de huevos hasta que quedaron duros.

8. Los animales recién sacrificados se colgaban cabeza debajo de una pata para que la sangre aún líquida decantara hacia la cabeza, zona de declive, dando mejor sabor a la carne. Esto lo verá el lector representado habitualmente en bodegones y pinturas del siglo XVI y XVII.

Luego picó perejil muy fino que mezcló con piñones en un mortero, añadiendo pimienta y un poco del caldo en el que había cocido el pavo. Lo majó todo hasta transformar el contenido del mortero en una pasta espesa que mezclada con el pavo picado constituía el relleno.

Colocó la harina en una taza, que volcó sobre una tabla, haciendo un agujero en el centro de la harina en el que echó un vaso de caldo de pavo con un poco de sal para disolver la harina. Puso medio vaso de aceite moviéndolo con una cuchara de madera; cuando estuvo todo integrado lo amasó con las manos hasta que consiguió una masa flexible que no se pegaba a los dedos, para lo que hubo de añadir harina en varias ocasiones hasta alcanzar la textura blanda deseada.

Transformó aquella masa en pequeñas porciones planas de 10 x 10 cm en cuyo centro fue colocando pequeñas porciones de relleno, que quedaron atrapadas y envueltas por la masa, ahora cerrada en forma de media luna.

Inmediatamente procedió a freír los pastelitos en abundante aceite de oliva muy caliente. Cuando salían calientes de la sartén los rebozaba con azúcar, dejándolos enfriar para que se impregnaran del azúcar.

Hizo cientos de pastelitos, aun sabiendo que tomando solo tres en cada comida era suficiente para que una persona estuviera alimentada.

Aquella noche, Mustafá y toda la comitiva cenaron los trozos de pavo que quedaron fijos a la quilla, patas y alas del ave, junto a unos trozos de tomate aliñados con aceite, sal, ajo y perejil picado. Para terminar, probaron los exquisitos pastelitos de pavo en número de tres por persona, excepto



Mustafá que, comiendo con los ojos y con la boca, engulló cinco de los más grandes.

La opinión fue unánime, ¡era la mejor comida que habían hecho desde que salieran de Granada hacia meses!

Durante los tres días que aún tardaron en llegar a la capital del reino, Mustafá, impresionado, o quizás consciente de la valía del joven al-Arbuli, intentó estrechar lazos ofreciéndose de nuevo para buscarle trabajo como criado en casa de algún amigo próximo al visir.

Pero los planes del joven habían cambiado gracias a la más que generosa bolsa que le había entregado Mohammed, por lo que le dijo:

—Amigo Mustafá, te agradezco tu interés por encontrarme una casa que me acoja a su servicio, cosa que yo mismo te pedí. Pero creo que antes de entrar en el servicio de casa alguna, me gustaría conocer la ciudad y hacerme una idea de qué camino tomo para alcanzar mejor mi proyecto.

—¿Y qué piensas hacer, querido amigo?

—Alquilaré una habitación mientras decido en qué lugar puedo ser más útil y valorado.

—Sabia decisión. Mientras encuentras ese lugar y yo averiguo las posibilidades de trabajo, puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites. Creo que tienes un buen futuro, si encontramos un buen señor.

—Acepto tu proposición. Pero solo el tiempo necesario para encontrar un alojamiento.

—No tengas prisa, mi casa es grande —y como buen co-

merciante, añadió—: Puedes enseñar a cocinar al personal de mi servicio. Nunca comí unos pasteles tan buenos.

Al-Arbuli se puso a reír, satisfecho por la situación alcanzada y los halagos del comerciante.

Entraron en la ciudad en pleno día, cuando el sol era más fuerte y el cielo más azul. Al-Arbuli impresionado dirigía su mirada de un lado a otro, admirando los edificios, palacios y calles. Nunca se había imaginado que pudiera existir una ciudad así.

Desde niño, cuando los mercaderes y caminantes pasaban por su pueblo, había escuchado narraciones que cantaban las maravillas de la ciudad. Pero ni en los momentos más brillantes de su imaginación, pudo soñar lo que veía ahora.

—Te llevará tiempo conocer los tres barrios de la ciudad popular, pues a la palatina, donde vive el sultán, no se puede entrar —mientras esto decía Mustafá, le indicaba con la mano las torres y palacios que rodeados de fuertes murallas constituían la ciudad dedicada al servicio del sultán.

—Precisamente ahí es donde quiero ir yo, pero antes empezaré en el pueblo llano —pensó al-Arbuli—. ¿Y dices que hay tres barrios en la ciudad?

—Sí, el de la izquierda del río es el barrio judío; el de la derecha y la montaña el de los musulmanes más pobres y marginados; y el que está a la derecha del río en el llano, es donde vivimos las personas normales —refiriéndose a los musulmanes ricos—. Mi casa está junto al zoco, como no podía ser de otra forma. Es el centro comercial más importante del reino.

Mientras le contaba esto Mustafá, llegaron a la casa que habitaba con su familia, en el centro de la ciudad, junto al mercado de las sedas y a corta distancia del de las especias.

Era una casa muy grande, de tres plantas y patio central con una galería sobre columnas de mármol, bajo la cual se encontraban fardos, sacos y objetos listos para salir a la venta en una nueva expedición.

La bienvenida del servicio y de su prolija familia reflejaba que aquel hombre de más de cuarenta años, bajito, gordo y comilón, era más querido que temido en la casa.

Tras saludar al servicio e indicarles que al-Arbuli permanecería unos días con ellos, tomó a su mujer y se dirigió a sus aposentos.

Pasaron los días y con una u otra excusa al-Arbuli entraba y salía para recorrer la ciudad recabando información sobre quién era el propietario de tal o cual palacio, quién vivía allí y a qué se dedicaba.

Cada mañana preguntaba a Mustafá si sabía algo de lo suyo, para obtener siempre la misma respuesta.

—No es fácil. He preguntado a Habed, Mustafá, Harin y a otros que creía que necesitaban una persona como tú. Me responden que por una u otra causa ahora no necesitan a nadie, quizás más adelante —y terminaba diciéndole siempre—: No te preocupes, aquí no molestas, puedes quedarte todo el tiempo que desees.

No tardó al-Arbuli en anunciarle que después de recorrer e indagar en los distintos barrios, había decidido alquilar una pequeña casa junto a la muralla en el arrabal musulmán.

Acordaron que si Mustafá se enteraba de algún trabajo le avisaría con un criado para que viniese a verlo. Cuando iba a partir, Mustafá le entregó un regalo liado en un paño. Eran unos cálamos y hojas de papel. Acompañó el presente con estas palabras:

—Creo que lo vas a necesitar. Es caro y he pensado que era lo mejor que te podía ofrecer. Comida tienes aquí, llévate cuanto quieras y ven a buscar si necesitas más.

Al-Arbuli quedó pensativo. Aquel hombre tenía una sensibilidad muy superior a la que su cuerpo y modales reflejaban y le respondió:

—Es lo mejor que me han regalado nunca, quitando el libro con el que mi madre y después el imán me enseñaron las primeras letras.

—Me alegro que te haya gustado y espero que no dejes de venir a vernos.

—No te preocupes, vendré.

